

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS

EL FRENTE DEL ESTE

Historia y memoria de la guerra
germano-soviética (1941-1945)

ALIANZA EDITORIAL

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Xosé M. Núñez Seixas, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-290-6

Depósito Legal: M. 21.680-2018

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

ÍNDICE DE ABREVIATURAS Y TÉRMINOS RUSOS Y ALEMANES UTILIZADOS	9
INTRODUCCIÓN	11
1. VISIONES DE IMPERIO (1920-1941)	19
1.1. El síndrome del Vístula y la imagen de la URSS en Alemania	22
1.2. El sueño imperial y la preparación de una guerra de exterminio	38
1.3. La leyenda de la «limpia Wehrmacht» y la realidad	50
2. BUSCANDO EL CORAZÓN DE LA BESTIA	57
2.1. Tormenta en la estepa: la Operación Barbarroja	58
2.2. El fin del principio: la batalla de Moscú	70
2.3. Aliados, cruzados y colaboracionistas contra el bolchevismo	81
3. UNA GUERRA DIFERENTE: EMBRUTECIMIENTO, EXPLOTA- CIÓN Y EXTERMINIO	105
3.1. El embrutecimiento de las condiciones de combate	106
3.2. Una guerra racial: el destino de los judíos soviéticos	132
3.3. La degradación del prisionero	152
3.4. Agazapados en los bosques: la guerra de los partisanos	169

3.5. ¿Producir o matar? La explotación de los territorios ocupados	191
3.6. Sobre la vida cotidiana de ocupantes y ocupados	207
3.7. ¿Un caso particular? Italianos y españoles en el frente del Este	220
4. ESCENARIOS DECISIVOS	229
4.1. Matar por hambre: el cerco de Leningrado (1941-1944)	230
4.2. La batalla del siglo: Stalingrado (1942-1943)	244
4.3. La última ofensiva: la batalla de Kursk (1943)	265
5. POR LA PATRIA SOVIÉTICA HACIA LA VICTORIA	275
5.1. « <i>Za rodinu, za Stalina!</i> »: movilización, patriotismo y terror	276
5.2. El contraataque definitivo: camino de Alemania (1944)	312
6. LA VENGANZA DE IVÁN	327
6.1. La conquista de Berlín (1945): muerte, saqueo y estupro	328
6.2. Un alto precio y una herencia ambigua	344
7. LEGADO Y MEMORIA DEL FRENTE DEL ESTE (1945-2018)	355
7.1. Alemania: de víctimas a compañeros de viaje	356
7.2. La larga sombra de la Gran Guerra Patriótica	365
7.3. La Europa oriental postsoviética: ocupantes, ocupados y patriotas	372
7.4. Finlandia: el paradigma de la heroica excepcionalidad	380
7.5. «No sabemos odiar»: la guerra limpia del simpático mediterráneo	383
CRONOLOGÍA	389
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	393
ÍNDICE ONOMÁSTICO	425

ÍNDICE DE ABREVIATURAS Y TÉRMINOS RUSOS Y ALEMANES UTILIZADOS

- AK:* *Armia Krajowa* (Ejército polaco del interior).
- Einsatzgruppe:* Literalmente, «grupo de despliegue» o «de intervención», unidades móviles de exterminio formadas en junio de 1941.
- Feldgendarmarie:* Policía Militar alemana.
- Frontovik:* Soldado de infantería soviético (con experiencia de combate).
- Gauleiter:* Líder territorial del partido nazi (*Gau*: distrito).
- Gestapo:* *Geheime Staatspolizei* (Policía secreta del Estado del III Reich).
- Gulag:* Acrónimo de *Glávnoye Upravleniye Ispravitel'no-trudovij Lagueréi*, Dirección General de Campos de Trabajo de la URSS, que por extensión pasó a designar a los campos de trabajo dependientes de ella.
- Heer:* Ejército de Tierra alemán.
- Komsomol:* Acrónimo de *Kommunisticheskiy Soyuz Molodiozhi* (Unión de la Juventud Comunista Soviética).
- Landser:* Soldado de infantería alemán.
- Luftwaffe:* Arma aérea alemana.

NKVD:	<i>Narodnyi Komissariat Vnutrennikh Del</i> (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos).
OKH:	<i>Oberkommando des Heeres</i> (Alto Mando del Ejército de Tierra alemán).
OKW:	<i>Oberkommando der Wehrmacht</i> (Alto Mando de las Fuerzas Armadas alemanas).
<i>Ostheer:</i>	Ejército alemán del Este.
<i>Panzergruppe:</i>	Grupo blindado de la Wehrmacht.
<i>Politruk:</i>	Comisario político del Ejército Rojo.
RSHA:	<i>Reichssicherheitshauptamt</i> (Oficina Central de Seguridad del Reich).
SMERSH:	<i>Smert' Shpionam</i> (literalmente, «muerte a los espías»), organización de contraespionaje soviética.
SD:	<i>Sicherheitsdienst</i> (Servicio de Seguridad, dependiente del RSHA).
SS:	<i>Schutzstaffel</i> (Secciones de protección del partido nazi).
<i>Stárost:</i>	Alcalde colaboracionista nombrado por los alemanes en territorio ocupado.
<i>Stavka:</i>	<i>Stavka Glavnogo Komandovaniia</i> (Mando Supremo de las Fuerzas Armadas de la URSS). Cambió sucesivas veces de nombre, pero mantuvo su denominación genérica de <i>Stavka</i> (cuartel general).
<i>Strafhnik:</i>	Soldado de una compañía de castigo del Ejército Rojo.
UPA:	<i>Ukrajinska Povstanska Armija</i> (Ejército Insurgente Ucrainiano).
<i>Volkssturm:</i>	«Asalto Popular», milicia formada por civiles alemanes en los últimos meses de la guerra.
<i>Waffen SS:</i>	Secciones armadas de las SS.
<i>Wehrmacht:</i>	Fuerzas Armadas del III Reich.

Los términos son explicados en su mayoría a medida que aparecen en el texto, salvo aquellas palabras y expresiones de conocimiento general (como *Führer* o *III Reich*). La totalidad de las citas textuales procedentes del alemán han sido traducidas directamente por el autor.

INTRODUCCIÓN

El presente ensayo no ambiciona ser una obra de consulta exhaustiva sobre la guerra germano-soviética, conflicto que marcó de forma profunda la historia de Europa y del mundo en el siglo xx, y sin la cual el desarrollo y el desenlace de la II Guerra Mundial habrían sido muy diferentes. Pero sí pretende ofrecer una síntesis informada e interpretativa, que incluye dosis variadas de investigación y reflexión propia, resultado de mi ya antiguo interés por la historia social, política y cultural europea del *siglo de los extremos*, y de la bibliografía y documentación consultadas durante la reelaboración de mi libro sobre la historia y la memoria de la División Española de Voluntarios o *División Azul* en el frente del Este, publicado en 2016 con el título *Camarada invierno*. El acopio de lecturas, documentación y reflexiones consiguientes llevó a una propuesta inicial del profesor Francisco Sevillano (Universidad de Alicante) para que elaborase una monografía sobre un aspecto concreto de la guerra del Este. La idea que fue retomada poco después por Alianza Editorial, y en especial por Cristina Castrillo, quien aceptó la reformulación del proyecto inicial en un libro de ámbito temático más amplio y ambicioso, publicado en 2007 con el título *Imperios de muerte. La guerra germano-soviética, 1941-1945*, que disfrutó de una positiva recepción por parte del público lector y universitario.

Hoy, más de diez años después, gracias en parte a la buena acogida de que disfrutó en la crítica y en el público la primera edición, tenemos el gusto de presentar una segunda edición aumentada, corregida y actualizada, y con un título renovado, gracias a la buena disposición de la editorial, en primer lugar de sus actuales responsables Manuel Florentín, Valeria Ciompi y Juan Pro.

La guerra germano-soviética, también llamada «guerra de Rusia» o «frente del Este» en sentido amplio, constituyó una inmensa carnicería en la que se enfrentaron millones de hombres en los campos de batalla en condiciones climáticas y ambientales de una dureza difícilmente imaginables. Pero supuso asimismo un ensayo de reordenación geopolítica del continente europeo, y aun de buena parte del mundo, por parte de un poder totalitario, como era el del III Reich, animado de una vocación mesiánica por alterar el destino de millones de personas en función de sus características étnicas, culturales y biológicas. Y a una reestructuración del mapa de Europa también aspiraba una dictadura totalitaria, la estalinista, con el fin de crear las condiciones para la hegemonía del llamado *socialismo real* en una lectura despótica y personalista del mismo. Dispusieron para ese fin del mando sobre millones de seres humanos, decidieron sobre su suerte y crearon marcos restrictivos para el ejercicio de la acción colectiva. Utopías modernas y premodernas fueron de la mano de ambiciosos planes y estrategias económicas y militares. La barbarie que supuso la *Shoah* u Holocausto de millones de judíos y gitanos fue ejecutada con métodos planificados y en nombre de la modernidad. Una guerra de conquista y exterminio dictada por sueños de expansión imperial fue capaz de concitar millones de voluntades y de moldear las mentalidades de los soldados y civiles afectados por ella. Fue una *guerra total* en la que las hostilidades se extendían a la retaguardia, y en la que la muerte campaba en forma de brigadas móviles de exterminio de judíos y comisarios políticos, de secciones especiales de la policía política soviética, de partidas guerrilleras y tropas de protección para las áreas alejadas del frente, de guetos condenados a una lenta muerte por inanición y de millones de personas transportadas en vagones, como ganado, camino de la aniquilación, del trabajo forzado en condiciones inhumanas o de la deportación a parajes semidesiertos. La utopía imperial y racial del III Reich, y la respuesta a la misma por parte de otro proyecto utópico, la construcción de una sociedad armoniosa sin clases bajo la égida de un líder indiscutible, tuvieron en

común varios elementos, entre ellos su absoluto desprecio por las vidas de sus compatriotas.

Lo que desde hace décadas sigue fascinando a la historiografía de la guerra germano-soviética, campo en el que la producción bibliográfica es sencillamente inabarcable, no solo es su dimensión global y su impacto en la conciencia europea del siglo xx. Ni siquiera el hecho de constituir el campo de enfrentamiento por antonomasia de las dos dictaduras totalitarias más sangrientas de la primera mitad de aquel siglo. Es quizás su carácter de caleidoscopio de enseñanzas acerca de la naturaleza humana, de la guerra como experiencia global que afecta a una sociedad por entero, del fenómeno bélico como generador de memoria y de lealtades. Pero también proporciona valiosas reflexiones acerca de la capacidad de supervivencia y adaptación del ser humano. Este ensayo se propone, por ello, ir mucho más allá de la historia de las operaciones militares, que en muchas de sus variantes obedece a una concepción alicorta de lo que es la historia militar, todavía muy influyente en buena parte de los estudios sobre el conflicto, y que sigue viva en la historiografía española actual, a pesar de los muy notables avances registrados en la última década¹. El objetivo preferente de esta obra no lo constituirán aquí los acontecimientos políticos y militares, aunque sin desatenderlos para la comprensión del conjunto, sino las dimensiones específicas, sociales y culturales, de la guerra de exterminio imperial planeada por el III Reich, la experiencia de los soldados de uno y otro bando y de la población civil, los mecanismos de adoctrinamiento y las respuestas de la población soviética, de la alemana y de los propios combatientes.

Todo ello sin descuidar que en momentos decisivos la suerte de millones de personas y el curso de los acontecimientos se puede decidir en una batalla. Resulta difícil imaginar qué habría ocurrido en la historia de la II Guerra Mundial, y en consecuencia cómo habría sido la historia de Europa, si Moscú hubiese sido conquistada por la Wehrmacht en diciembre de 1941 o si Stalingrado hubiese caído en manos del 6.º Ejército germano en el otoño de 1942. Tal vez el mundo habría cambiado de forma muy diferente a como hoy lo conocemos, y quizás son determinantes en su resultado los condicionantes estructurales de la capacidad de combate de los

¹ Una buena muestra es la *Revista Universitaria de Historia Militar* (<http://ruhm.es>), publicada desde 2012.

ejércitos enfrentados —dotación artillera y blindada, posesión de la superioridad tecnológica, destreza táctica de los mandos y oficiales, experiencia y motivación de los soldados, cantidad y calidad de los suministros, atención médica, etcétera—, que se relacionan a su vez con la potencia respectiva de sus sistemas económicos y políticos, así como con su capacidad para movilizar a la población en pro del esfuerzo de guerra. Con todo, hay abundantes ejemplos en la historia comparada de las operaciones militares que muestran que en ningún caso su destino está escrito como una mera ecuación de rentas per cápita, productividad industrial o potencia demográfica. En ellas también interviene de modo decisivo el azar. Y de ese azar puede depender el curso de la historia².

Situándose dentro de la nueva Historia Militar, que ha recibido inspiraciones fundamentales tanto de la Historia Social como de la nueva Historia Cultural y, más recientemente, de la Historia de Género³, este libro quiere servir igualmente de ventana a través de la cual sea posible apreciar la riqueza de unos enfoques y una bibliografía internacional que bien pueden aportar inspiraciones novedosas para el estudio de otros conflictos, sin ir más lejos la guerra civil española o las guerras coloniales, tanto en Cuba y Filipinas como en Marruecos. Lejos del enfoque que concibe la guerra como un mero intercambio de movimientos de tropas y de combates en escenarios concretos, partimos de la base de que la guerra constituye una realidad global, vivida de diferentes y complejas maneras por las sociedades en ella involucradas. Los soldados experimentan la guerra de forma directa como una interrupción de su experiencia en tiempos de paz; pero el hecho de que millones de ciudadanos de ambos bandos hayan pasado un tiempo en el frente del Este ha actuado como una influyente charnela en sus periplos vitales, ha conformado un poso compartido de experiencias, y ha permitido también reforzar o modificar creencias previas. Los civiles viven el duelo y la movilización patriótica en pro del esfuerzo bélico, o sufren las consecuencias de la ocupación. El tráfico de trabajadores forzados, de prisioneros y de guerrilleros provocó una mayor permeabilidad del conjunto del cuerpo social de la retaguardia o del «frente doméstico» hacia lo que ocurría en los campos de combate y las trincheras. Se trataba, por tanto, de experiencias globales que también tuvieron conse-

² Förster, Pöhlmann y Walter (2001: 7-18).

³ Cf. Ziemann y Kühne (1999) para una exposición sintética. Igualmente, Wette (1992).

cuencias globales, no reducibles a las pérdidas demográficas, el dolor individual y colectivo y los cambios geopolíticos. Buena parte de las sociedades europeas, y de modo particular tanto la soviética como las diversas sociedades postsoviéticas, así como la alemana, pero también la húngara, la rumana, la italiana, la polaca o la finlandesa, han desarrollado una memoria específica de la experiencia de la guerra del Este.

En algunos casos, como el de la sociedad soviética, esa memoria fue codificada y transformada en un discurso y una praxis conmemorativa sin fisuras. Según ella, la nación se habría levantado contra el invasor en un gigantesco esfuerzo colectivo cuyos costes en vidas humanas y en daños materiales para la URSS convirtieron a esta última en la auténtica vencedora del nazismo y en la más legítima reivindicadora de la memoria antifascista. En ese discurso no había traidores, colaboracionistas, actitudes intermedias o ambiguas, estrategias de acomodación o adaptación por parte de la población civil. Tampoco existía el terror de los campos de concentración estalinistas, los fusilamientos de la policía política y los errores del mando. Esa perspectiva se impuso en la mayoría de los estudios historiográficos del período soviético y aun del posterior a 1991, y solo en algunos sectores de la ciencia histórica rusa, gracias en parte a la mayor disponibilidad de los archivos militares del período durante un tiempo, se ha procedido en las dos últimas décadas a revisar parte del mito de la Gran Guerra Patria forjado casi inmediatamente después de 1945. El giro nacionalista que ha impuesto la segunda presidencia de Vladimir Putin desde la segunda década del siglo XXI ha supuesto, sin embargo, un retorno a las narrativas clásicas de la Gran Guerra Patria⁴. A pesar de la tendencia oficial ahora imperante que prefiere subrayar las aspiraciones nacionalistas de *pueblos oprimidos por partida doble*, por soviéticos y alemanes, en las historiografías bálticas o en la ucraniana, son también cada vez más los estudios que contribuyen a alumbrar la complejidad de situaciones que acompañó a la imposición de dos regímenes totalitarios, estalinista y nazi⁵.

En otros casos, como en el de las dos sociedades alemanas de posguerra, persistió una memoria escindida que reconocía la propia culpa y el carácter de guerra de agresión que tuvo la invasión de la URSS por parte del

⁴ Edele (2017 b).

⁵ Snyder (2011).

III Reich, pero que al mismo tiempo permitió varias estrategias para exculpar a los soldados *del montón* y a la mayoría de su población. Así, la responsabilidad de los crímenes, represalias y maltratos a población judía o civiles soviéticos correspondería sobre todo a una minoría de fanáticos encuadrados en unidades especiales (las SS, la Gestapo, etcétera). Pero el ejército regular, la Wehrmacht, estaría libre de toda participación consciente en actos contrarios a los códigos de la guerra honorable. El sufrimiento de millones de prisioneros alemanes en la URSS hasta entrada la década de 1950, así como el recuerdo de las masivas violaciones cometidas por los soldados del Ejército Rojo en suelo germano, impregnarían también de manera decisiva la memoria de millones de ciudadanos de las dos Alemanias.

Empero, desde mediados de la década de 1990, como veremos, ese paradigma comenzó a tambalearse por efecto del descubrimiento de cada vez más evidencias documentales que probaban la participación de soldados de recluta obligatoria y *perfectamente normales* en labores de exterminio. La pregunta inevitable pasaba a ser: ¿Qué hicieron nuestros padres, maridos o abuelos en el lejano Este? La sombra de la guerra de exterminio en el frente oriental planea hoy en día de manera imborrable en los debates públicos sobre la responsabilidad del conjunto de la ciudadanía germana en el ascenso y la consolidación del nacionalsocialismo, sus mecanismos de consenso y los silencios que siguieron a su derrota. Y dos generaciones de historiadores alemanes han contribuido de manera insistente no solo a desvelar esas verdades incómodas, sino también a renovar la Historia Militar desde un punto de vista metodológico y teórico.

* * *

Este trabajo no habría podido realizarse sin la colaboración de varias personas e instituciones. El personal del Archivo Militar de Friburgo de Brisgovia y del Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán en Berlín, que en mis diversas visitas entre 2002 y 2016 me concedieron todas las facilidades para la consulta de documentación. Los historiadores José M.^a Faraldo, Xosé Ramón Quintana y Ruy Farías tuvieron a bien leer varios capítulos de la primera versión de este libro y proporcionaron útiles sugerencias bibliográficas. Oleg Beyda, Mariana Hausleitner, Klaus Schmitter, Pavel Tendra y Krisztián Ungváry aportaron útiles datos y consejos

sobre la participación soviética, rumana, eslovaca, húngara e italiana en el frente oriental. Buena parte de las reflexiones aquí contenidas se han beneficiado de forma directa o indirecta del intercambio intelectual con historiadores que comparten inquietudes y perspectivas semejantes, como Sönke Neitzel, Martin Baumeister, Stig Förster, Felix Römer, Robert Gerwarth, Jörg Ganzenmüller, Javier Rodrigo, David Alegre y Ferran Gallejo, así como mis alumnos de la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich y de la Universidad de Santiago de Compostela en los últimos diez años. Mis suegros, Rita y Klaus Fesefeldt, fueron solícitos y eficaces a la hora de atender mis incesantes encargos de libros y fotocopias. Mi esposa, Henrike, también perteneciente al sufrido gremio de los historiadores, no solo leyó varios capítulos, revisó traducciones y sugirió lecturas e ideas, sino que además supo aguantar dos períodos más de enclaustramiento por mi parte para acabar la versión final de la primera y segunda edición de este libro. Mis hijas Sara e Irene, entradas en la adolescencia once años después de la primera edición de este libro, siguen sin interesarse por las historias de su padre, pues lo importante es vivir.

Os Ánxeles (Brión), abril de 2018

CAPÍTULO 1

VISIONES DE IMPERIO (1920-1941)

El comunista no es ningún camarada, ni antes ni después. Se trata de una lucha de exterminio. Si no lo entendemos así, seguramente derrotaremos ahora al enemigo, pero en 30 años se alzarán de nuevo contra nosotros el enemigo comunista.

ADOLF HITLER (1941)

A las tres y media de la mañana del 22 de junio de 1941 el Ejército alemán y sus aliados cruzaron la frontera e invadió sin previo aviso la Unión Soviética, desde el Báltico al mar Negro. Daba inicio así una fase específica de la II Guerra Mundial, el conflicto germano-soviético; y se inauguró un nuevo frente de guerra, el frente ruso o frente del Este, en el que el Ejército de Tierra alemán allí destinado (*Ostheer*) consumiría cuatro años, hasta la retirada final que acabó con la entrada del Ejército Rojo en Berlín y la capitulación del III Reich a principios de mayo de 1945.

La *campana de Rusia*, y la guerra germano-soviética en general, supuso un momento de escalada cuantitativa de la II Guerra Mundial. Más de la mitad de las víctimas totales que se cobró el conflicto bélico cayeron en el haber del frente del Este en sentido amplio, es decir, contando también su amplia retaguardia. Y fue en él donde la guerra y el duelo de la guerra adquirieron un carácter auténticamente masivo. La población civil de la URSS (al igual que la polaca), en particular la que habitaba en la Rusia europea, Ucrania y Bielorrusia, sufrió cincuenta veces más muertes que la alemana. La violencia sin precedentes que se desató a todos los niveles en el frente y la retaguardia se cobró asimismo un número de vidas casi diez veces más alto que en otros frentes de la II Guerra Mundial. Y más que en ningún otro frente, el conflicto en el Este provocó una universalización

del sufrimiento y de la memoria de la guerra entre amplias capas de población, entre ocupantes y ocupados, civiles y militares. Eso no siempre ocurría en Europa occidental, donde la memoria colectiva de la guerra constituyó, al contrario que en la I Guerra Mundial, una suerte de universalización a la comunidad nacional del sufrimiento y de la experiencia vivida por minorías, significativas eso sí, de la población civil. Tal vez el ejemplo más relevante fue el exterminio de los judíos europeos por parte del III Reich, pues en varios países ocupados fue este grupo de población el que sufrió una mayor y más mortífera persecución¹. Aun así, no hay que olvidar que la *Shoah*, la aniquilación de los judíos europeos, y el exterminio simultáneo de grupos étnicos como los gitanos (Sinti y Roma), tuvo su principal escenario en el Este de Europa y sufrió una aceleración y radicalización por mor, entre otras razones, de las nuevas circunstancias de violencia masiva creadas por la guerra germano-soviética².

La invasión de la URSS dio paso a una campaña con características diferenciales respecto a otros frentes en los que había estado o estaba comprometido el Ejército alemán, y con él sus aliados. No solo se trataba de las duras e inhóspitas condiciones climáticas y medioambientales en que debían combatir los soldados. Hasta 1942, y a lo largo de toda la II Guerra Mundial, fuese en el conjunto del frente occidental, en Noruega, en el frente norteafricano o incluso —en parte— en los Balcanes, las tropas alemanas se habían atenido a las normas establecidas por la Convención de Ginebra (en su III Tratado, 1929) en lo referente al trato a los prisioneros de guerra. También habían mantenido un comportamiento correcto, en líneas generales, hacia la población civil que no era judía en los países ocupados. Hubo varios casos de matanzas indiscriminadas perpetradas por soldados alemanes en represalia por ataques de la Resistencia de los países ocupados: fueron los casos de las masacres del pueblo checo de Lidice (10 de junio de 1942), las localidades de Distomo (Grecia) y Oradour-sur-Glane (Francia), el 10 de junio de 1944, o Marzabotto (Italia), el 29 de septiembre del mismo año, cometidas todas ellas por tropas de las *Waffen SS*. Sin embargo, esas matanzas no formaban parte de un plan premeditado de exterminio de grupos enteros de la población civil no judía; tampoco se enmarcaban en un proyecto de limpieza étnica que

¹ Lagrou (2002).

² Este punto ya fue señalado por Hillberg, en su clásico estudio de 1961: véase Hillberg (2005).

buscase mudar el predominio de unos pueblos por otros en áreas geográficas determinadas. Por el contrario, tanto en Francia como en Noruega, Bélgica u Holanda el III Reich se esforzó en crear movimientos de opinión y organizaciones colaboracionistas, así como en difundir una imagen positiva de la Alemania hitleriana como garante de un Nuevo Orden europeo, que reservaría un espacio, aunque subordinado, a las aspiraciones de diversos países y pueblos bajo la égida germánica.

En el frente del Este, empero, el III Reich libró una guerra cualitativamente diferente. Ese carácter distinto se manifestó desde el principio de la invasión de la URSS, había sido previsto y diseñado por Hitler y sus colaboradores, y asumido por el Alto Mando de la Wehrmacht (*Oberkommando der Wehrmacht*, OKW). Se trataba, en primer lugar, de una campaña contra una cosmovisión —el comunismo soviético— que pretendía eliminar de raíz mediante el exterminio de sus defensores, el *aplastamiento* de la *bestia* presentada como una amenaza para la civilización europea. Ese *Leitmotiv*, además, atraería para los nazis las simpatías de otros pueblos del continente. De hecho, como veremos, además de las divisiones rumanas y finlandesas que participaron en la Operación Barbarroja, los países aliados del Eje, Hungría y Eslovaquia, aportaron respectivamente dos Ejércitos y una división; Italia envió un nutrido cuerpo expedicionario, y Croacia mandó al frente del Este pequeños contingentes. Voluntarios de varios países de Europa occidental y nórdica se unieron además al esfuerzo de guerra alemán, y se encuadraron tanto en las filas del Ejército de Tierra (*Heer*) como de las *Waffen SS*.

En segundo lugar, se trataba de una guerra de exterminio racial. Pues se dirigía contra un pueblo o conjunto de pueblos —el pueblo ruso y la mayoría de los que integraban la URSS— reputados como colectivos inferiores desde una perspectiva racial y étnica, con base en presupuestos biológico-genéticos. El *eslavo*, como bien había preconizado Adolf Hitler en su obra *Mein Kampf* [Mi lucha] en 1925-1927, solo tenía derecho a existir en posición subordinada y al servicio de la grandeza del pueblo dominador, el alemán. El genio creador de Alemania, además, sería el que había contribuido a inspirar la idea de Estado entre seres incapaces de llegar a un estadio de civilización por sí mismos³. Los pueblos eslavos, ajenos a la civilización europea, tendrían solo un papel en el futuro inmediato: confi-

³ Hitler (1930: 742-743).

gurar una gran reserva de mano de obra semiesclava que abasteciese de materias primas y alimentos al III Reich, eliminando los contingentes demográficos reputados como *sobrantes*.

1.1. *El síndrome del Vístula y la imagen de la URSS en Alemania*

En agosto de 1920, el después mariscal y dictador de Polonia Józef Piłsudski, al mando de 20.000 soldados, en buena parte de caballería, consiguió derrotar a las tropas bolcheviques en Zamosc y detener su avance hacia el Oeste, después de que hubiesen llegado a pisar los arrabales de Varsovia. Impidió así que los cosacos y jinetes comandados por Tujachevski cruzasen el río Vístula, y garantizó la supervivencia de la joven República polaca, ratificada por el Tratado de Paz con la URSS firmado en Riga en marzo de 1921. La mayor parte de las cancillerías de Europa central y oriental, y muchos intelectuales conservadores, suscribieron la reflexión del diplomático británico Lord D'Abernon: el que los polacos conocerían posteriormente como «El milagro del Vístula» habría sido una de las principales batallas de la Humanidad, equiparable a la defensa de Viena frente a los turcos en 1529 y 1683. Según esa visión, la Rusia soviética había lanzado sus *hordas* a la conquista de Europa. Y lo volvería a hacer de no mediar otro «milagro» como el del Vístula.

Ese síndrome era común a toda la opinión pública y publicada conservadora, liberal y hasta socialdemócrata de toda Europa central y occidental. Y se combinó con una imagen que tenía ya cierta tradición en el imaginario de las élites conservadoras y burguesas de Europa central y occidental, en particular en Alemania: la que atribuía al pueblo ruso, y por extensión a los eslavos en general, un carácter extraño a la civilización europea, exótico y atrasado. La imagen de una Rusia servil —víctima del despotismo *asiático* de poderes absolutos, misterioso y sufriente a la vez— había sido difundida por la literatura y los relatos de viajeros y diplomáticos, y había experimentado un cierto eco entre los círculos de la burguesía cultivada alemana desde principios del siglo xx. Esa representación también era compartida en buena parte por los socialdemócratas germanos, que contemplaban a Rusia como el paraíso de la autocracia y la reacción y, por esa vía, justificaron su apoyo a la movilización bélica de 1914. La

imagen nacionalista e imperial de Rusia como un poder absoluto y amenazador, impregnado de una cultura exótica y cuna de un pueblo fanático, servil, premoderno y subdesarrollado, recurría a paralelismos históricos: Rusia se equiparaba a los mogoles de Genghis Khan, o la amenaza turca en la Edad Moderna. Ya en tiempos del Imperio guillermino se publicaron varios proyectos de expansión territorial hacia el Este, que fueron resucitados durante la I Guerra Mundial (1914-1918) como posibles planes de futuro una vez que la guerra contra el Imperio zarista fuese ganada. La misión de los territorios conquistados habría de ser servir de marcas defensivas, bastiones de un *limes* de la civilización europea; pero esos espacios también darían cauce a una ambición imperial frustrada, que en África y Asia había encontrado escasa satisfacción.

La irrupción de la Revolución bolchevique tras octubre de 1917 contribuyó a resemantizar aquella imagen previa, y le añadió nuevos significados. Según ella, el pueblo ruso, asiático y de instinto dominador, se hallaría ahora a las puertas de Europa. Seguiría siendo inferior a alemanes y europeos occidentales desde el punto de vista cultural, económico y político. Mas ahora estaba imbuido fanáticamente de una nueva ideología totalitaria, que amenazaba con destruir la religión, la propiedad y los pilares de la civilización, pues su ansia de expansión era universal. El bolchevique era pues ruso, asiático y, en sus versiones más gratas para católicos y protestantes, anticristiano. Los alemanes ya se habían enfrentado a él durante la guerra civil rusa, en 1918-1919, cuando los llamados *Freikorps* o milicias baltoalemanas, con el apoyo de tropas desmovilizadas del Ejército imperial tudesco, habían combatido junto a los nacionalistas bálticos para evitar la invasión por parte bolchevique de Estonia, Letonia y Lituania. Esa lucha había sido corta, pero intensa, y estuvo marcada por la inmensa brutalidad de su desarrollo, pues en ella ningún bando hizo prisioneros. Igualmente, contribuyó a radicalizar las representaciones preexistentes de la realidad rusa, dotándolas de un significado adicional: la Revolución bolchevique habría supuesto una *alteración* de las jerarquías étnicas en el área, en detrimento ante todo de las minorías germanas. La conclusión no podía ser otra que la necesidad de reestablecer las viejas jerarquías sociales y étnicas en el futuro⁴.

No en vano, buena parte de la literatura antibolchevique y de la publicística antisoviética que circuló en la República de Weimar durante la

⁴ Liulevicius (2006: 60-62; 2009).

década de 1920 fue obra de escritores baltoalemanes, así como de exiliados rusos blancos y de nacionalistas pertenecientes a pueblos no rusos, desde ucranianos a caucásicos. Entre ellos se contaría uno de los primeros ideólogos del NSDAP de los tiempos fundacionales de las cervecerías munitiquesas, el alemán de Estonia Alfred Rosenberg (1893-1946), quien habría de ser un teórico del racismo nazi y de su visión de la Historia. Rosenberg publicó en 1922 el folleto *La peste en Rusia*, donde invocaba la única alternativa que cabía a Alemania frente a la «Rusia judeo-bolchevique»: «exterminio o victoria». Y en su obra capital, *El Mito del Siglo XX* (1930), el teórico baltoalemán afirmaba sin ambages:

El bolchevismo significa la reacción irritada del mongoloide contra las formas de cultura nórdicas; es el instinto de la estepa, es el odio del nómada contra las raíces de la personalidad; significa el intento de abatir a Europa por completo⁵.

El temor a una «invasión» mongólica o a la barbarie asiática, encarnada en un despotismo premoderno, ya había sido invocado por los liberales de la Asamblea de Frankfurt en 1848 —temerosos de una intervención armada del zar Nicolás I—; el fantasma fue resucitado por la propaganda de guerra de 1914-1918, y tuvo continuidad en la publicística conservadora y anticomunista posterior al fin de la I Guerra Mundial. Se trataba de un enemigo *externo*, pero que ahora despertaba, por sus prédicas internacionalistas y su aspiración a destruir los fundamentos de la sociedad capitalista, el temor a que se uniese a un enemigo interno: los comunistas y revolucionarios sociales. Sin embargo, el nacionalsocialismo llegó a elaborar una imagen de Rusia —término utilizado de manera confusa como sinónimo de la URSS, o más en concreto de los pueblos eslavos de la URSS— que sintetizaba todas las representaciones anteriores, y las fundía con el estereotipo del judío, también asiático y mongoloide, y asimilado en sus características físicas y espirituales a lo ruso y lo comunista. En el mismo Hitler se trataba con toda probabilidad una representación forjada en sus años vieneses, muy típica de los propagandistas antisemitas de la capital austríaca en los años de entresiglos, y que denigraba a los judíos ortodoxos y de zonas como la Galitzia ucraniana como

⁵ Rosenberg (1935: 113).

seres exóticos, físicamente repulsivos y repugnantes desde el punto de vista moral.

Rusia pasaba a ser así la expresión de una entente judía y bolchevique de impronta asiática, que abrigaba el objetivo de imponer su dominio mundial comenzando por Alemania. La conciencia preexistente acerca de la superioridad cultural, tecnológica, militar y económica del pueblo alemán se fundamentaba ahora en un nuevo argumento que condensaba y resumía todos los anteriores: la superioridad racial, de naturaleza biológico-genética. El ruso y el judío eran lo mismo, y eran bolcheviques y asiáticos por pertenecer a una raza inferior, cuya erradicación sería la única garantía de que no posasen sus garras sobre Alemania y Europa. Y esa eliminación sería deseable y hasta justificable, por cuanto el ruso bolchevique y judío únicamente sería un ente subhumano (*Untermensch*), no solo de modo metafórico, desde un punto de vista cultural o civilizatorio, sino sobre todo desde un ángulo supuestamente *científico*⁶.

Ninguna de las otras representaciones de la superioridad histórica, cultural o económica de Europa central y occidental sobre el mundo eslavo, y sobre Rusia en particular, implicaba o legitimaba una política de exterminio. Más bien evocaban la necesidad de mantener una *frontera* y marcaban un límite entre un concepto propio de Europa (asimilado a una lectura particular de qué significaba el término «civilización») y un concepto extraño de civilización, un estadio inferior a ella. La nueva imagen elaborada por el nacionalsocialismo tenía la virtud de sintetizar todas las anteriores, y todos y cada uno de sus elementos, además de añadirle la legitimación racial de cariz biológico-genético. Por ello, podía ser asumida por sectores sociales, actores y, desde 1941, soldados en los que predominaba alguno de los tipos *tradicionales* de visión de Rusia.

El síndrome del Vístula incluía además un elemento de temor real a los anhelos expansionistas del comunismo encarnado por la URSS. Aunque congelados por el triunfo de las tesis leninistas del «socialismo en un solo país», seguían vivos gracias a la existencia de la Internacional Comunista o Komintern. Y en los planes imperialistas a medio y largo plazo del nazismo, y de Hitler en particular, la confrontación con la Unión Soviética y la expansión del propio imperio a costa de los pueblos eslavos se contemplaban como una necesidad inevitable en el futuro. Sin embargo,

⁶ Cf. Jahn (1991) y Klug (1987), así como, de modo exhaustivo, Volkmann (1994).